

El poder de su Palabra

Por Daniel Del Vecchio

Lugar: Palacio de Congresos de Torremolinos (Málaga)

Fecha: 13 de agosto de 2005

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”. (Romanos 1:16)

La palabra de Dios es poderosa y para que sea efectiva en tu vida y en tu alma tiene que fundirse con la fe. El término poder, en este versículo de la epístola a los Romanos, se traduce del léxico griego “dunamis” que literalmente significa: fuerza, habilidad y poder para llevar a cabo milagros de salvación o “soteria” que implica liberación, sanidad y vida eterna para aquellos que se arrepienten y creen en Jesucristo.

Cuando la fe se une con la Palabra viva de Dios se produce un poder capaz de cambiar y convertir el corazón y el espíritu. Un mentiroso puede ser reformado en un hombre sincero. Un ladrón, en una persona honrada que da y bendice a los demás. Un impío y pecador, en un ser piadoso y santo. Incluso uno que es como el diablo, en uno que se asemeja a Dios, pues John Wesley, gran evangelista del siglo XVIII, dijo una vez: “el hombre sin Cristo, es mitad demonio y mitad bestia”. Realmente ignoramos lo que somos capaces de hacer.

En los Hechos de los apóstoles leemos: *“Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor.” (Hechos 19:20)*. La Palabra debe conquistar nuestra voluntad y nuestra mente para someternos a las instrucciones de Dios. Cuando el ángel le anunció a la virgen Maria que iba a concebir y a dar a luz un hijo, ella respondió: *“...He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.” (Lucas 1:38)*. Esto es exactamente lo que Dios nos está demandando. Asimismo nos enseñó a orar: *“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” (Mateo 6: 9.10)*

Santifiquemos y glorifiquemos el nombre del Señor con nuestra vida, comportamiento y conducta. Que preciosos serían los hogares si hiciésemos la voluntad de Dios, como en el cielo, así también en la tierra. En el reino celestial no hay rebelión ni desobediencia alguna. Todos están sujetos al Padre Eterno, sólo hay una voz y una sola voluntad. Dios desea igualmente que mantengamos la unidad del Espíritu en Cristo. Unidos para servirle, honrarle y glorificarle. Jesús dijo: *“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.” (Juan 17:22)*. Es la gloria del amor de Dios.

La Palabra incorruptible y poderosa del evangelio es la que nos lleva a nacer de nuevo. “*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.*” (Juan 1: 11.12). Cristo nos da potestad, en griego “*exousía*”, que consiste en autoridad delegada, derecho de ser hijos de Dios. Cuando decimos: “en el nombre de Jesucristo” toda la potencia y soberanía de Dios nos está respaldando.

Con el nacimiento biológico somos hijos de Adán. Es mediante el nuevo nacimiento espiritual que somos regenerados y venimos a ser hijos de Dios. Nacemos de nuevo cuando recibimos a Cristo y pone su Espíritu en nosotros. No siendo engendrados de sangre, es decir, físicamente, sino con la semilla de su Palabra que germina y produce vida, renovándonos la mente, cambiándonos el corazón y sanándonos. Jesús declaró: “*...las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.*” (Juan 6:63)

En Proverbios 4 leemos: “*Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo.*” (Proverbios 4: 20.22). Son muchas las voces e ideologías que Dios nos dicta para atender e inclinar el oído a sus razones, debemos atesorarlas como algo precioso, curativo y saludable. Aferrémonos a la Palabra de Dios y digamos: “¡si, Señor! tus consejos están por encima de mis decisiones, pensamientos y argumentos”.

San Pablo dirigiéndose a la iglesia de Corinto, manifestó: “*...las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios...*” (2ª Corintios 10: 4.5). Derrumbemos las fortalezas y cada pensamiento que se levanta contra el conocimiento del Señor, con la verdad de su Palabra y las armas de luz que Dios nos ha dado. La luz de la Palabra es como un láser que nos traspasa rompiendo cadenas y liberándonos de las mentiras del diablo que nos atan a las tinieblas.

No os atemoriceis del poder de la carne, porque los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones. “*...mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.*” (Romanos 8:12). Tu cuerpo pertenece a Dios y no se debe ejercitar ni para concupiscencias ni para glotonerías: “*Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo.*” (1ª Corintios 6:13). Aborreciendo el pecado y amando a Dios, serás más que vencedor. Bienaventurado

el que soporta y resiste la tentación. Tampoco deis lugar al engaño de no poder combatir y pelear. Indudablemente tendrás luchas, porque tanto el diablo como la atracción y seducción de la carne tienen su fuerza y si bien estamos rodeados de tentaciones, se puede vencer, pues mayor es el que está en nosotros. La Biblia nos dice: “...*mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.*” (1ª Juan 4:4). Teme a Dios y no habrá demonio, ni en el infierno ni fuera, que pueda hacerte frente.

Jesús dijo: “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.*” (Juan 14: 6). Podemos preguntarnos: “¿cómo sé lo que es verdad?” Pues, sencillamente, todo lo que contradice la Palabra de Dios es mentira. Satanás es el padre de la mentira y esclaviza. Por el contrario, la verdad es la luz que vence las tinieblas, las disipa y nos liberta del engaño “*Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.*” (Juan 8:32)

A los catorce años, en el colegio, intentaron inculcarme la teoría de Darwin sobre la evolución. Recuerdo que en medio de la clase me levanté con atrevimiento y, desafiando al profesor, empecé a confesar la Palabra de Dios: “*En el principio creó Dios...*” “*Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó*” (Génesis 1:1; 1:27) Pórtate como un auténtico hijo de Dios sin achantarte delante de nadie. Toma la victoria que Él te ha prometido, declara y defiende la verdad. Amar a Dios es amar la verdad.

No seáis amedrentados ni intimidados por los demonios, principados o potestades. Más podemos nosotros que ellos. La autoridad de Jesús es sumamente superior al poder satánico. Yo oí una voz que penetró en mi corazón y me dijo: “*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id,...*” (Mateo 28: 18.19). En obediencia al Señor llegué a Málaga en el año 1964. Me encontré con las procesiones de Semana Santa y en medio de tanta oscuridad y opresión dije: “no saldré de este país, hasta que haya almas cantando las alabanzas del Señor y hablando en lenguas” Y aquí estoy, batallando, todavía. No tengas vergüenza del evangelio, “*porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree*”. Toda autoridad no es dada y llevamos la Palabra viva de Dios, en el corazón. Jesús declaró: “*...estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.*” (Mateo 28:20)

Nunca os acobardéis ante las amenazas del enemigo, ni ante el rugir del león sin dientes. “*Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos...*” (Apocalipsis 12:11). Tenemos poder en la Palabra de Dios y victoria en la Sangre de Jesús.

A Martín Lucero le retó Satanás con una lista muy larga de todas sus transgresiones diciéndole: “aquí están todos tus pecados”. Por un momento se quedó desalentado y aturdido. Era cierto que el diablo tenía la lista. Reponiéndose le contestó: “si es verdad pero la Sangre de Cristo me limpia de todo pecado”. El diablo huyó. “...y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. (1ª Juan 1:7). Resístelo con la Palabra y huirá. El apóstol Santiago nos enseña “... resistid al diablo, y huirá de vosotros”. (Santiago 4:7). Así también hay poder en la unidad. Jesús dijo: “...sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. (Mateo 16:18). Hay muchas iglesias, denominaciones y grupos, pero un solo cuerpo, un espíritu, un Señor, una fe y un bautismo.

Cristo es la Roca eterna de nuestra salvación y Dios por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros está uniéndonos, poniendo piedra sobre piedra, edificando ese templo espiritual y morada santa que es la Iglesia de Jesucristo. “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”. (1ª Pedro 2:5)

La santidad también tiene poder. Santidad significa separado para servir a Dios y sus propósitos. “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.” (1ª Pedro 2:9). Somos especiales para Dios, llamados a ser “diferentes”, con este designio: ser la encarnación y la expresión de la Verdad. Nuestra meta debe ser la santidad y reflejar la gloria de su nombre. La Biblia dice: “Bienaventurados los de limpio corazón.” (Mateo 5:8). Es decir, si eres de corazón puro y consagrado, serás feliz. El pecado te hace miserable. Sólo hay dos caminos, el camino angosto que lleva a la vida y el espacioso que lleva a la perdición.

Toda porción de las Sagradas Escrituras que recibimos, aceptamos y practicamos es una coraza que protege nuestro cuerpo y va confeccionando nuestro atuendo. Todo cuanto confesamos de la Palabra de Dios, será nuestro ropaje celestial. Si viéramos lo invisible percibiríamos la armadura de luz impenetrable de los hijos de Dios. “He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará.” (Lucas 10: 19)

La Palabra es la espada que empuña el Espíritu Santo. Su vida y poder deben fluir por nuestras bocas para profetizar a los huesos secos. El hombre fuerte tiene a las personas encadenadas pero hay otro aún más fuerte, su nombre es sobre todo nombre, el nombre de Jesús, y es su nombre que

podemos arrebatarle el botín al diablo y rescatar a las almas perdidas. *“Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder”*. (1ª Corintios 4:20). Su reino se fundamenta en el testimonio de su amor que nos perdona y nos hace más que vencedores, *“antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”* (Romanos 8:37) y es la demostración de poder del Espíritu Santo la que nos transforma y capacita.

Entonces, "¿por qué no vemos la grandeza del poder de Dios en la iglesia cómo anhelamos verla?" La cuestión es algo difícil de exponer, pues la clave radica en líderes que a menudo usurpan la gloria que sólo le pertenece a Él. Cada vez que nos apropiamos de la Gloria de Dios, derrocamos y desbancamos la intervención del Espíritu Santo, impidiendo que se manifieste su poder de edificación y bendición en medio de nosotros.

Con frecuencia vemos las imposibilidades y dificultades en la obra de Dios. El capítulo 13 y 14 de Números narra las dos reacciones del pueblo ante el informe de los espías enviados a reconocer la tierra. Unos hablaron mal diciendo: *“es tierra que traga sus moradores”* y otros en cambio dijeron: *“nosotros los comeremos como pan”*. Proclamemos la Palabra de Dios como arma de victoria para luchar contra las fuerzas del mal. *“Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos de Jehová, y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová”*. (Isaías 54:17)

"¡Señor! levanta en España un ejército comprometido, que esté bien armado. Combatientes que no militen con las cosas del mundo y que confiesen: *“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”* (Filipenses 1:21)" Si quieres salvar tu vida, la perderás, pero si estás dispuesto a entregarla para Cristo, la salvarás.

Preparados a sacrificarlo y a dejarlo todo, conquistaremos este país, para Dios.

“Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas”. (Deuteronomio 30:14)